

Nunca me fue fácil bajar del colectivo. Desde que tengo cinco o seis años sufro cada vez que tengo que dejar esos monstruos que parecen ballenas en un mar de coches. Durante mucho tiempo no me percaté de mi problema porque viajaba acompañada: mamá, papá, Celia o alguna amiga solían venir conmigo en estas odiseas que hoy me parecen irrealizables. Afortunadamente para mí, esa especie de sopor sólo se volvía invencible cuando no me encontraba acompañada y la presencia de un ser querido a mi lado actuaba como un mágico sortilegio capaz de invalidar la maldición. Pero en realidad ni siquiera viajando con alguien pude anular totalmente este sentimiento que –creo– me acompañará contra mi voluntad hasta el día de mi muerte.

Lo he dicho ya, y lo repito: no es fácil para mí viajar en colectivo. Y menos aún en estos tiempos en que la gente se sube a ellos en manadas y se deja conducir, en un estado infrahumano. Decenas de personas se apretujan como si estuvieran en una manga para vacunar animales, el codo de una en la espalda de la otra, sin el compromiso ya añejo de pedir disculpas por un pisotón, empujando impudicamente en ese espacio de veinte metros cuadrados que sólo se rige por sus propias leyes de incivilidad. Sin dudas esos factores han empeorado mi mal hasta volverlo irremediable, a tal punto que sólo viajo en estos contenedores de barbarie cuando no puedo hacerlo por otros medios.

Si tengo la suerte de no conseguir lugar para sentarme respiro aliviada: este es otro de los elementos que juegan a mi favor cuando llega la crítica hora de bajar. Pero a pesar de la falta de educación que se muestra habitualmente en estos vehículos masivos, se me suele condenar a la mirada indulgente, al gesto que la acompaña y a la frase «Señora siéntese» de algún verdugo joven que creyendo salvarme –yo ya soy bastante mayor– firma mi sentencia de muerte. Es entonces cuando me resigno y bajo la cabeza, porque sé que ya no hay salida posible.

Hasta hace algunos años sólo estaba realmente perdida si el lugar en que me sentaba era de los que están junto a la ventanilla, esos en los que uno queda atrapado entre la pared del coche y la persona que se ha ubicado al lado. Pero ahora ni siquiera me redimen los asientos individuales o los otros, más compasivos, que se encuentran al fondo y permiten cierta libertad de movimientos.

El drama comienza cuando me percaté de que la cuerina ya se ha amoldado a mis piernas y siento la tibieza de mi propio cuerpo. Y mucho más si tengo la desgracia de desplazarme en uno de estos colectivos en el transcurso de un día de lluvia: en ese caso definitivamente no tengo forma de escapar. Si al mirar por la ventanilla no veo más que el vapor que provoca el choque de dos temperaturas (cruzado tal vez por el dibujo de una mano que buscaba saber en qué curva asfaltada nos encontrábamos); si al querer ver las ventanillas del otro lado me lo impide un bloque humano tan compacto que ya casi ni se inmuta ante las frenadas bruscas; si cualquiera de las dos puertas se me vuelve inalcanzable, ya están dados los elementos para mi total derrota.

No es que yo sufra de algún tipo de parálisis: por ahora, aunque vieja, me muevo con bastante elasticidad. Sólo se trata de un extraño sopor que me impide cualquier tipo de cambio en mi postura. Pero no es una inmovilidad rígida como la que pueden causar el frío o un susto: es más bien un dejarse ir, una cierta muerte, un abandonarse a la función vegetativa. Sencillamente no puedo luchar contra ese conjunto de factores que me mantienen pegada al asiento. Entonces sé con certeza que ya ni siquiera voy a intentarlo. Cuando siento el movimiento de las ruedas que dejan atrás la parada en la que yo debía bajarme, me entrego, porque no tengo otra opción: de nada serviría resistirme.

Y si alguien me pregunta hasta dónde viajo, le respondo con total naturalidad: «Voy hasta la terminal».